

y el semblante risueño : por el contrario, hubieras procurado consolarme y averiguar la causa de mis dolores. Hoy ya es distinto y crees que puedes insultarme con tu sonrisa porque no poseo armas ni riquezas; pero te engañas. El infame que me ha despojado no me lo ha arrebatado todo y pudo privarme hasta de mi libertad... ¡Imprudente! Me queda también el derecho de asistir á la Asamblea general de la nación, y allí les emplazo á él y á su indigna aliada.

— Pero, padre mio, dijo Valla; ved que os engañais, y yo puedo aseguraros.....

Ruscin, ahogó violentamente la palabra en los labios de su hija, y gritó:

— Tampoco me ha privado de mis paternales derechos.... ¿Entiendes, Valla? No soy esclavo, y algo me pertenece aún en el mundo. Esos derechos, bien lo sabes, me autorizan para disponer de tu vida.

El furor que se retrató en la fisonomía de Ruscin al pronunciar esas terribles palabras, llenó á Valla de terror y la hizo estremecerse. La jóven comprendió que ninguna observacion ni advertencia podia hacer á su padre en estos momentos, y que aún la noticia más favorable sería interpretada con poco acierto.

Valla guardó silencio, humilló la vista y fué á caer de rodillas á los piés de Ruscin.

IV.

Habia llegado la hora de la Asamblea general y velase á los Celtas que, abandonando unos la ciudad y otros sus campamentos, se encaminaban todos á la llanura ó vega donde debía celebrarse.

Ruscin, acompañado de Valla y de algunos pocos soldados que le habian sido fieles, se dirigia también á aquel lugar. No era ya el respetable y majestuoso anciano que habia salido del país de los Tectósagos con un brillante ejército de numerosos carros: tampoco era el bravo caudillo cubierto de magníficas joyas y armado de lucientes aceros, que los pueblos habian saludado á su paso con el título de rey. Apenas si era uno de esos guerreros que, no pudiendo llevar hombre alguno á sueldo, tienen que ponerse ellos mismos al de cualquier ilustre jefe.

Para colmo del despecho que le dominaba, acertó á pasar Bebrix por delante de él, rodeado de un brillante y numeroso séquito que igualaba al de los dos sobrinos de Ambigat: el esplendor de su marcha y comitiva se asemejaba al triunfo de un soberano, y Ruscin quiso detenerse para darle paso, á fin de embriagarse, por decirlo así, en su desdicha y afirmarse en la

resolucion que habia meditado. Cuando Bebrix pasó cerca del anciano le saludó con tal deferencia y expresion que, más que un acto de cortesía y respeto, creyó Ruscín que aquel saludo significaba una mofa sangrienta. Todo se traduce y explica amargamente cuando se tiene lacerado el corazon; y la mirada que clavó el jóven guerrero sobre Valla la consideró el anciano tan insultante y afrentosa, que de ella hubiera tomado en el acto una venganza terrible si no acariciase de antemano otra más cruel, de la cual se prometia grandes resultados. Además, una súbita sospecha le asaltó en el pensamiento y volvió rápidamente la vista hácia su hija: creyó posible que la manera de mirar Bebrix á Valla hacia traicion á una secreta inteligencia entre ambos jóvenes, ó cuando ménos, significaba en aquél la confianza de ser comprendido.

Si del momentáneo exámen que Ruscín practicó en la fisonomíade su hija, hubiera resultado sorprender en los ojos de ésta el menor signo equívoco, es casi seguro que la hubiese asesinado en el acto; porque á todas las suposiciones que el anciano consideraba realidades, habia tambien añadido la vaga sospecha de que pudiera engañarle. Pero Valla tenía inclinada la vista al suelo y parecia no haber reparado

en la mirada de Bebrix: el encendido fuego de sus mejillas lo mismo podia ser efecto de la indignacion que experimentase la jóven, como tener por orijen el remordimiento de su conciencia culpable; y Ruscín no acertó á comprender cuál de estos dos sentimientos la dominaba en aquel instante.

Ruscín continuó, pues, su marcha y llegó al sitio de la Asamblea casi al mismo tiempo que Saron, cuyo séquito de soldados era tambien poco numeroso. El anciano observó la palidez y la preocupacion del jóven, y Saron, á su vez, reparó en la palidez y en la preocupacion de Ruscín. Esa preocupacion se retrataba inquieta y ajitada en el rostro del padre de Valla, y, por el contrario, se mostraba pacífica y resignada en el semblante de Saron: la del uno revelaba todas las angustias y el remordimiento de una resolucion cuyo objeto era malvado y sus motivos despreciables é indignos; la del otro acusaba la serenidad de una accion ejecutada con nobles fines y por causas justificadas y plausibles. Sin embargo, parecia como que Saron se encontraba turbado en presencia de Ruscín, y esto consistia en que aquel jóven, de sencillos y puros sentimientos, conocia que el padre de su amada no podia comprender la elevacion de su conduc-

ta, la cual es de suponer que tampoco hubiera sido bien juzgada por los Celtas de más nobles ideas, porque entre aquellas gentes la fortaleza de ánimo en el dominio de las pasiones, se consideraba y se tenía como impotencia y cobardía para vencer á los enemigos; por consiguiente, mucho ménos podía ser justamente apreciada su conducta por Ruscín en el momento que éste se preparaba á destruir, con frívolo pretexto, cuanto suponía serle hostil y con el mezquino objeto de resarcir la fortuna material que había perdido.

En el embarazo y turbacion de Saron sospechó Ruscín una nueva traicion. El infortunio enjendra tambien á veces la desconfianza y supone ver en todas partes la defeccion y el desvío. Así es, en efecto, y esa prevencion se apodera lo mismo de las almas corrompidas que de los nobles corazones, con la diferencia de que los malvados la sienten en proporcion al conocimiento que tienen de sí mismos y de sus maldades y los buenos la acogen sólo por exagerarse á sí propios la desgracia que padecen. Porque en este mundo la bondad no es otra cosa sino la virtud de resignarse á sufrir.

Ruscín no era de los hombres que saben resignarse, y su irascibilidad creció de punto con las respuestas evasivas que dió

Saron á sus preguntas sobre lo que pensaba hacer y decir en la Asamblea, y á sus investigaciones respecto á la conducta del jóven en el corto espacio de tiempo que no se habian visto.

Entre tanto el rey Ambigat y los jefes de los diferentes ejércitos se habian situado en lo alto de una pequeña colina que dominaba toda la llanura: los druidas encargados de mantener el orden en la Asamblea, estaban allí tambien, y várias mujeres, entre las cuales se veía á Elomare, acompañaban á estos príncipes de los Celtas.

Ambigat fué el primero que dirigió la palabra á la muchedumbre, exponiéndola que se habian dirigido excitaciones á su régia autoridad, para que se pudiese término al reposo en que vivía la nacion celta, y que estas excitaciones habian sido formuladas no sólo por los hombres más sabios y más poderosos del país, si que tambien por la misma divinidad á quien todos adoraban: refirió las fantásticas y extrañas apariciones que habian surjido de las peñas en el Bosque Sagrado, los prodijios sorprendentes que en él se habian observado, y, por último, el terrible y significativo estruendo de armas que várias veces habian retumbado en la selva. Con semejantes señales y avisos, dijo que no podía

desconocerse cuál fuera la voluntad del cielo, que indudablemente deseaba nuevas conquistas para el pueblo Celta, y añadió que, con objeto de cumplir aquella divina voluntad, había convocado á la nacion; pero que ántes de resolver creia conveniente que la Asamblea juzgase por sí misma si esos anuncios merecian ser atendidos, para lo cual se hacía indispensable tambien que los presajios fuesen confirmados por vaticinios más fehacientes, más seguros y más eficaces; y que en su consecuencia, al mismo tiempo que se delibera-se sobre la guerra que proponia, sería solemnemente consultado el gran Teutates acerca de su probable resultado.

Con marcadas muestras de aprobacion fué acogida la arenga de Ambigat, que preparó así los ánimos para que la multitud escuchase con fruicion las manifestaciones de Belloveso y Sigoveso, quienes, como jóvenes esforzados, hablaron calurosamente en apoyo de la guerra, resonando por todas partes estrepitosos aplausos y vitores entusiastas, y elevando los soldados sus armas y chocándolas unos con otros, lo cual era la señal del mayor asentimiento.

Era la guerra para los Celtas una ocupacion tan habitual y corriente que consideraban la paz como un paréntesis de la

vida. En la época actual se cohonestaba y justificaba la guerra diciéndose que conduce á la paz y que se hace para asegurar ésta por más tiempo: en aquella ocasion Ambigat se disculpó de haber sostenido la paz, excusándose que habia sido un medio para mejor prepararse á la guerra.

Ya se iba á decidir por unanimidad y sin oposicion alguna la declaracion de la guerra, cuando vióse á Ruscin que llamaba sobre sí la atencion general, pretendiendo ser escuchado, y que habló de esta manera:

— ¿Contra quién y con qué objeto, gritaba, se nos induce á la guerra? ¿Tenemos alguna injuria que vengar? ¿Ha venido á insultarnos ó á robar nuestros tesoros algun pueblo extranjero? ¡No! Nadie lo ha dicho, ni habrá nadie que esto diga, porque no diria verdad. ¿Hemos de ir, pues, aventureramente y al acaso, como hambrienta manada de lobos, atacando y destruyendo cuanto se nos presente á la vista y se oponga á nuestro paso? Demas de esto, ¿qué ventajas hemos de obtener con esta injustificada guerra? ¿Se hace tal vez á los fines de mejorar de condicion? ¿Quién sabe lo que nos aguarda en otros países insalubres y bajo otro clima ménos apacible que el nuestro! ¿Es, por ventura, para conquistar moradas más ricas y es-

paciosas? Pues dediquémonos á enriquecer y agrandar las que habitamos. ¿Estamos escasos de frutos y mieses? Cultivemos nuestros campos. ¡Soldados! A vosotros me dirijo ahora. ¿Sabeis á donde os quieren conducir los jefes que pretenden mandaros? Ni os lo han dicho, ni ellos mismos lo saben aún. ¿Estamos en el caso de que la irreflexion y lijereza de unos cuantos jóvenes aficionados al ruido de las batallas, decida con punible insensatez los destinos de un gran pueblo y el porvenir de una ilustre nacion? Si no veis levantarse contra este proyecto de guerra á los caudillos de veterana experiencia y á los hombres que han encanecido en el estudio de las ciencias, no es porque desconozcan el pasado ni les sea difícil leer el porvenir: es porque la ancianidad y sus consejos han llegado á ser objeto del menosprecio de los Celtas. Ningun temor me infunde ese peligro y quiero deciros en voz alta que todo lo que observo me induce á creer que existen ocultos motivos, para que los jefes que habeis elegido os arrastren á una empresa tan desatentada y temeraria.

Los sordos rumores, que habian servido de acompañamiento á todo el discurso de Ruscín, se desencadenaron y se convirtieron en recia tormenta al proferir éste sus

últimas palabras: la indignacion de los jefes se manifestaba en sus movimientos y actitud amenazadora. Entónces adelantóse Bebrix impetuosamente y gritó:

—¿Cómo os atreveis á hablar de esa manera al noble pueblo celta? ¿Es posible que el valiente caudillo que en su juventud conquistó tan alta reputacion en los combates, venga hoy á proponernos la condicion y las faenas de nuestros esclavos? Dejemos á ellos el encargo de regar la tierra con el sudor de sus frentes y que arranquen de sus entrañas penosas recolecciones: ese es su destino. La cosecha de los hombres libres se colecta con los aceros en los campos de batalla: que nuestros enemigos hagan la siembra, nosotros segáremos; que levanten suntuosas moradas, nosotros las habitaremos; que acumulen el oro y las riquezas, nosotros nos apoderaremos de sus tesoros. Nuestro trabajo peculiar es la guerra; nuestra recompensa, la fama; nuestro objeto, el botín.

Las palabras de Bebrix fueron frenéticamente aplaudidas con el choque de las armas, en testimonio, el más lisonjero, de aprobacion y entusiasmo.

— ¡Ah! exclamó Ruscín con voz destemplada y ademanes insultantes. Si tú, Bebrix, no poseyeras otras más riquezas que las que hubieras adquirido por el botín de

las batallas, ciertamente que no ocuparías aquí el lugar que ocupas, ni hablarías con tanta insolencia. Pero tú no tienes necesidad de hacer la guerra para conquistar tesoros, y buena prueba es de ello el haber salido de nuestras comarcas pobre y miserable, y el haber llegado á estos lugares ostentando la mayor opulencia, despues de un viaje de pocas lunas. Bien sabes tú, mejor que nadie, que no hace falta la guerra para adquirir riquezas; pero la consideras indispensable y necesaria para alejar á los que pudieran servir de obstáculo y delatar los planes cuya ejecucion se te ha pagado espléndidamente.

— Ruscín, replicóle Bebrix, yo no quiero contestar á tus injurias, del modo que merecen y pudiera hacerlo, porque eres un anciano y porque te encuentras perturbado á causa de tu ruina.

— No es mi ruina, contestó Ruscín, la que me induce á hablarte así, ni es tampoco porque hayas aumentado tus riquezas á costa de las mias. Tú procuras alejar de los que nos escuchan la interpretacion de mis alusiones, y yo voy á dirijírtelas más terminantes y explícitas. ¿Podrás explicar, Bebrix, el orijen de esas ricas joyas que cubren tus magnificas vestiduras, y de dónde te ha venido el oro que prodigas á tus soldados? Dilo, Bebrix, porque yo te

acuso de ladron, y te acuso ademas de adulterio con una mujer cuyo.....

Antes que Ruscín pudiese terminar la terrible acusacion que habia formulado, se interpuso Atax, el pontífice de los druidas, y con aspecto imponente y voz tremenda y pausada, interrumpió al anciano diciendo:

— Este no es el momento oportuno de acusar, ni con ese objeto se ha reunido aquí la Asamblea de la nacion: cuando llegue esa oportunidad, entónces podrás hablar libremente, Ruscín. Ahora sólo se trata de discutir y resolver sobre la declaracion de guerra propuesta. ¿La quereis, soldados? ¿La considera el pueblo conveniente?

Todos los guerreros ajitaron sus armas en demostracion de asentimiento, y la guerra fué acordada por general y unánime aclamacion.

Era de esperar que se adoptase con rapidez tan solemne y trascendental resolucion, porque el pueblo celta vivia á costa del país y de los pueblos que vencia por la fuerza de las armas: así es que sus ejércitos arrastraban en pos de sí á las mujeres y á los hijos de los soldados, cuyo séquito proporcionaba mayores penalidades á los guerreros, y áun llegaba á serles funesto y á poner en peligro el éxito de algunos com-

bates; pero en cambio sus exigencias y sus necesidades para la vida no eran grandes, y todo territorio podía satisfacerlas sobradamente si producía algunas frutas y si en sus montes abundaba la caza.

Adoptada tan importante resolución, se procedió á las ceremonias religiosas en honor de Teutates, para consultarle sobre el resultado de esta guerra, segun habia anunciado ántes Ambigat.

La primera prueba se practicó presentando un carro tirado por hermosos caballos blancos que habian sido criados en la Sagrada Selva: rodeados el carro y los caballos con profundo silencio por todos los sacerdotes, fueron abandonados los corceles en completa libertad, prestando toda la Asamblea religiosa atencion. En un principio los animales permanecieron tranquilos sin sentir molestia alguna; pero al primer movimiento que intentaron hacer empezaron á extrañar las ligaduras que los sujetaban al carro: no acostumbrados á sufrir semejante yugo, se irritaron, se encabritaron luégo, y concluyeron por cocear y dar fieros botes. En vez de avanzar, que hubiera sido el vaticinio más favorable á la guerra, movían sus cabezas en todas direcciones, y finalmente, convulsos, bañados de sudor y acobardados, comenzaron á recular. Los druidas y los jefes palidecie-

ron, y aprovechando Ruscín la consternacion y el estupor general, gritó:

— Los cielos hablan: la guerra será funesta al pueblo celta, y lo será, porque es injusta.

Estas exclamaciones de Ruscín atrajeron hácia él la atencion y las miradas de toda la muchedumbre, y áun él mismo, queriendo defenderse de la indignacion jeneral y responder al ensoberbecido mar de rumores que habia excitado, apartó un momento su vista de los caballos sagrados. Este momento fué oportuna y hábilmente aprovechado por los druidas, que castigaron con un látigo á las bestias, y al mismo tiempo les hicieron una llamada que ellas conocian. La presion de las ligaduras y tirantes, que al principio las habia hecho retroceder, sirvieron luégo de estímulo á su furor, tan pronto como se lanzaron á la carrera; y el carro atravesó velozmente por enmedio de la multitud, cuyas ruidosas aclamaciones asombraban cada vez más á los cerriles brutos, que se precipitaron con impetuoso y creciente escape muy lejos de aquellos lugares.

La segunda prueba consistia en cortar una rama de abedul (1), que, dividida en

(1) Alamo blanco.

tres pedazos iguales, tiraban por alto, leyendo el porvenir según del modo que caían en tierra. Esta consulta fué también favorable á la guerra; pero á pesar de la religiosidad de los celtas y del respeto que tenían á los sacerdotes, no ignoraban que la destreza del que arrojaba los pedazos de la rama disponía del oráculo arbitrariamente, por lo cual no les merecía esta consulta gran fe. Así es que reclamaron la prueba de las aves sagradas, que no sólo decidía y afirmaba la credulidad de este pueblo, sino que se consideraba por el mismo que la dirección del vuelo de las aves indicaba y señalaba el camino que debían seguir los ejércitos, y los países á donde debía llevarse la guerra.

Para satisfacer la exigencia de la muchedumbre fué presentada la espaciosa jaula en que estaban aprisionadas aquellas aves. Eran éstas un enjambre de cuervos, unos de plumas negras y pico amarillo, y otros de plumaje gris y el pico negro: si al dejarlos en libertad se refugiaban en la Sagrada Selva, era ésta una señal funesta que presajaba desastrosos resultados en la guerra, y si por el contrario se alejaban con rápido vuelo, era vaticinio de feliz y buena ventura y se consideraba á dichos pájaros como á mensajeros de la muerte, que marchaban á recorrer los lugares que

pronto habían de convertirse en teatro de su carnívoro festín. La jaula fué abierta por uno de los sacerdotes y las aves, acostumbradas mucho tiempo á su prisión, no aceptaron en un principio la libertad á que se las invitaba y revolotearon por espacio de algunos momentos alrededor de la salida; pero tan luego como una de ellas se decidió á traspasarla y escapó, fué seguida en el acto de todas las demás, é instantáneamente se elevaron á una prodijiosa altura. Se arremolinaron en el aire durante algún tiempo, inundando el espacio con sus estridentes graznidos, y tuvieron sujeta la atención de la Asamblea á los caprichos de su vuelo. Por último, reuniéronse de repente en un apiñado grupo, y dividiéndose luego en dos bandos, se lanzaron el uno hácia el norte y el otro hácia el sudeste. Ruscín los siguió largo rato con la vista, como todos los demás, teniendo así entretenidos sus recuerdos; pero tan pronto como fijó sus miradas en la tierra, observó que los cuervos enderezaban su vuelo al paraje donde la noche anterior había visto sacrificar los bueyes y los caballos, cuyos sangrientos despojos excitaban el instinto carnívoro de estas aves. Mientras que reflexionaba sobre el caso, se oyó la potente voz de Atax que exclamaba:

— ¡Ved ahí señalados por el mismo cielo

los caminos que deben seguir nuestros soldados!

— ¡El cielo! gritó Ruscin, con un acento de ironía que aterró á los más osados. Sin duda alguna podréis creer que es el cielo; pero no es ménos cierto que los sacerdotes han procurado prestar su ayuda al cielo, con los cadáveres de animales que han situado en esos dos puntos del horizonte.

Tanta temeridad y tan insolente audacia no pudo ménos de impresionar algo á la muchedumbre y de causar sus naturales efectos. Aunque los druidas se turbaron algun tanto y demostraban intranquilidad, Atax fué el único cuya actitud y semblante no delataron más sentimiento que el de la cólera. Como Pontífice de los sacerdotes, había encanecido en las luchas de su poder con la resistencia popular, y sabía perfectamente que ni áun el descubrimiento de una superchería sería bastante á destruir la ciega fe que inspiraban los druidas, porque la costumbre de una religion y de una creencia tiene tan profundas raíces en el corazón del hombre como el sentimiento de un amor primero: no se extingue el cariño por la sola denuncia de una primera falta, ni se reniega de una religion por la duda de uno de sus dogmas. Existe además, en esas aficiones del hombre, y

para fortificarlas, un instinto natural difícil de dominar é imposible casi de vencer; porque ni puede latir el corazón sin amar, ni existir el espíritu sin una creencia; y solamente las naturalezas consuntas y las almas depravadas pueden no obedecer á esas leyes.

Atax tenía un conocimiento exacto de todo eso, y no se preocupaba gran cosa de las consecuencias; pero su orgullo y su soberbia llegaron al colmo de la ira, al considerar el atrevimiento y la extraordinaria audacia de aquel hombre que había osado delatar, ante la Asamblea de la nación, los amaños y las supercherías de las ceremonias religiosas. No obstante, y además de ese profundo conocimiento que tenía de los hombres y de las cosas, el Gran Sacerdote, al verse objeto de una acusación semejante, recurrió á la táctica de todos aquellos que se encuentran revestidos de una autoridad suprema y de un poder bastante respetable para que nadie se atreva á contradecirles: levantóse, paseó su mirada amenazadora sobre aquella vacilante y sobrecojida muchedumbre, y exclamó con intencionada palabra y atronadora voz:

— Los que por un solo momento duden de las ceremonias religiosas y de su divino influjo, que vayan á consultar al cielo visitando los sitios que ese hombre impío ha

designado, que allí recibirán una terrible respuesta. ¡Que vayan!!...

Nadie se movió, y por el contrario, Atax fue aclamado con entusiastas aplausos por millares de voces, que al mismo tiempo apostrofaban á Ruscín con los dicterios de impío y sacrílego.

Ruscín, que tenía el proyecto de formular una tremenda acusacion contra Bebrix y Elomare, basada sólo en suposiciones y sospechas, lójicas quizás, pero que no podían traducirse en pruebas por la justificación de ningún hecho, empezó á comprender que había entablado una lucha formidable en la que necesariamente debía sucumbir, puesto que no había en la Asamblea ni un solo hombre que tuviera la osadía de ir á cerciorarse de lo que acababa de decir. Bien hubiera querido retirar las imprudentes frases que había pronunciado, porque no veía más que gestos irritados y adivinaba en las miradas de todos los que le rodeaban la suerte que le estaba reservada: solamente Bebrix era el que parecía contemplarlo con ojos de conmiseración. Elomare, por su parte, le miraba más bien con el despecho de la persona cuyos cálculos y proyectos se ven contrariados, que no como la mujer altiva contra quien se acababa de intentar una terrible y funesta acusación.

En los débiles ánimos de muchos habían ejercido influjo por igual, tanto las palabras de Atax como las de Ruscín; y en consideración á esto se creyó conveniente por algunos reclamar la última prueba, la prueba decisiva y solemne; que consistía en el combate de un soldado celta con otro soldado extranjero, procedente de la nación ó país que se intentaba atacar. Grandes aclamaciones acogieron esta proposición, que avivó la esperanza en el corazón de Ruscín; porque la paz que se disfrutaba hacía tanto tiempo privaba á los celtas de poseer prisioneros y no tenían ninguno en su poder, y como áun se ignoraba también sobre qué país debiera desbordarse la armada multitud que pedía la guerra, hubiera sido difícil designar un prisionero, suponiendo el caso de que la ciudad encerrase algunos de diferentes nacionalidades. El deseo de exponer á la Asamblea esta contrariedad devoraba la impaciencia de Ruscín; pero supo dominarse, porque tenía la certeza de que semejante imposible había de patentizarse á pesar de su silencio. En efecto, viendo Belloveso que las aclamaciones y los gritos de las masas eran cada vez más apremiantes y que exigían con perseverancia el combate, avanzó y dijo:

— Soldados, siendo tan poderoso é ines-

pugnable el pueblo celta, no ha habido en muchos años ninguno otro que se haya atrevido á atacarlo, y por consiguiente no tenemos enemigos prisioneros. ¡Marchemos á buscar esos enemigos á otros países: la tierra céltica no los guarda en su seno!

Por muy lisonjeras y halagüeñas que fuesen estas palabras no dejaron satisfecho al pueblo y la explicacion de Belloveso fue acogida con sordos rumores de descontento, sin respetar ni considerar que la daba un nobilísimo guerrero á quien la nacion habia designado como uno de los hombres más valientes y dignos de gobernarla. Comprendiendo Atax el mal éxito de la manifestacion de Belloveso y penetrado de lo crítico y grave de las circunstancias del momento, se adelantó precipitadamente y exclamó con inspirada frase:

— Belloveso ha padecido un error al asegurar que la ciudad no guarda en su seno ningun enemigo del pueblo celta. Semejante equivocacion no empequeñece en nada su valor, ni su nobleza, ni sus altas dotes; ántes por el contrario, es una prueba más de su hidalguía y de la belleza de sus sentimientos que no quieren ver enemigos dentro de las entrañas de la patria; pero desgraciadamente existen esos enemigos. ¿Puede haber uno más abominable, ni más dañino para la gloria y para el es-

plendor de la religion de los celtas, que el hombre cuyos ataques se dirijen á la vez contra la santidad de las ceremonias religiosas y contra uno de los jefes más renombrados del ejército? ¿Qué extranjero impío hubiera blasfemado como él, negando la virtud de nuestros oráculos? ¿Qué soldado enemigo hubiera intentado disuadirnos de la guerra, con una tenacidad igual á la suya? ¿Cual otro hombre, al ser vencido en un combate, habia de patentizar más evidentemente la voluntad del cielo? Que sea, pues, ese hombre declarado enemigo del pueblo celta, y que pelée en defensa de la nacion ó país que ha querido sustraer á nuestras victorias y á nuestro dominio: que así como ha intentado empañar con la palabra el brillo de nuestra fe y ha querido privaros de la gloria de vuestras conquistas, sostenga con las armas la iniquidad de su conducta y de sus intenciones.

Un estallido de unánime y espontánea aclamacion aplaudió las palabras de Atax: todos chocaban los aceros con terrible fuerza, mezclándose el zumbido de las vibraciones al estrépito y confusion de los aullidos, resultando un espectáculo soberbio y atronador, semejante al del Océano cuando, agitado por la tempestad, estrella contra las rocas de la costa sus gigantes-

cas olas, que parecen dirigir imponentes saludos al cielo y terribles amenazas á la tierra.

Es de observar cómo las grandes asambleas se dejan dominar y son llevadas por la astucia de un talento superior que salva audazmente una situación difícil y desesperada. Por eso se explica que la proposición de Atax fuese considerada como una inspiración del cielo, siendo como era contraria y opuesta á todas las leyes y costumbres de aquel pueblo, que en otras circunstancias la hubiera rechazado con horror, y que en aquel momento exigía el inmediato combate, encarnizadamente, con incesantes aclamaciones. Sin embargo, semejante solución alarmó grandemente á todos los jefes, y muy especialmente á Elomare que, dueña de sí misma hasta entonces, no pudo disimular su angustia: Bebrix por su parte no se cuidó de ocultar su grandísimo disgusto. Pero aún fué mayor la excitación de estos sentimientos y el dolor que causó á los corazones que los experimentaban, cuando deseando saber la Asamblea el nombre del guerrero que había de pelear con Ruscín, exclamó Atax:

— Ninguno tiene más títulos para alcanzar esa honra que aquel que mejor se ha expresado en favor de nuestra empre-

sa: á él le corresponde vencer con las armas al que ya venció con la palabra. Que Bebrix continúe su gloriosa victoria, y con ella destruirá también las inicuas acusaciones de que ha sido objeto.

Bebrix quedó consternado, mientras Valla procuraba contener á su padre que desaforadamente gritaba:

— Sí, sí, soldados; eso es lo justo. El esforzado y robusto mancebo debe asesinar en desigual combate al anciano, para que éste no pueda levantar el velo y descubrir las intrigas de vuestros sacerdotes y de vuestros jefes.

Los terribles aullidos de la muchedumbre ahogaban el sonido de la voz de Ruscín, y tampoco permitían que éste pudiera escuchar la de su hija que le decía:

— ¡Oh, padre mio, no! Eso es imposible: no pelearéis con Bebrix: no podeis morir el uno á manos del otro: este sería un combate impío y sacrílego. Si hace falta una víctima, ninguno de los dos puede satisfacer á la nación.

Las oleadas del tumulto crecían, y ya los soldados al observar el estupor de Ruscín, que no era otra cosa sino la concentración de su ira, le insultaban llamándole traidor y cobarde: otros pretendían que fuese castigado como tal, y gritaban:

— ¡A la laguna! ¡Al fango!

De repente apoderóse de Ruscín la furiosa rabia de su impotencia, y blandiendo su machete gritó con una voz que en esta ocasion pudo oirse por encima de todos los ruidos :

— Bebrix, me has ganado mis armas y he de entregártelas de manera que no las pierdas jamas, porque voy á hundirlas tanto en tu pecho, que no habrá un brazo humano con fuerzas bastantes para sacártelas.

Y escapando con violencia de los de su hija, que procuraba contenerlo, lanzóse al abierto círculo que los soldados formaban delante de él.

Todavía permanecía Bebrix inmóvil, dudando acerca del partido que debería adoptar, cuando se le aproximó Elomare diciéndole con rapidez:

— Pelea, Bebrix; pero se prudente y no procures otra cosa más que la victoria, sin dar la muerte á tu contrario.

Alentado con esas palabras y excitado con las voces y las miradas del pueblo, que le aclamaba por todas partes, marchó Bebrix hácia el círculo que habian formado los guerreros, y se presentó á combatir. Ruscín, dominado por la cólera, no bien le hubo visto, arrojóle un dardo con tal fuerza, que el arma fué á clavarse casi por completo en el escudo de Bebrix, y todos

comprendieron muy luégo que á pesar de sus años era el anciano un enemigo formidable á quien no podria vencer fácilmente el jóven capitan, por más que siempre le guiase la estrella de la victoria. A los rumores que áun se escuchaban sucedió repentinamente el silencio absoluto de una séria expectacion: la lucha habia comenzado de un modo grave y formal, interesando á todos los que la presenciaban. Bebrix respondió al ataque dejando escapar débilmente su dardo contra Ruscín, el cual lo cojió al vuelo, causando general admiracion, y lo lanzó de nuevo á su adversario con poderoso vigor. Entónces empezó á penetrar la duda en todos los corazones, y como existia siempre entre aquellas gentes la irresistible propension de admirar y respetar á los que demostraban más fuerza y valor, no faltó ya quienes hiciesen algunos votos mentales en favor del anciano. El dardo recorrió aún otras veces el espacio, y fué á herir de nuevo el escudo de Bebrix, que permaneció inmóvil como una roca. Ruscín, siempre cegado por la cólera, se precipitó despues impetuosamente sobre su jóven combatiente; pero éste, con oportunos y precisos movimientos y con una agilidad pasmosa, evitaba los mortales golpes que el

anciano le asestaba con una repeticion frequentisima, con unas fuerzas incansables y con un furor frenético y delirante.

Cada vez que el machete de Ruscin suspendido en el aire iba á descargar tremendo corte sobre la cabeza de Bebrix, burlaba éste el golpe con garbo y maestría, y el acero del anciano, veloz como el rayo, zumbaba en el espacio. La costumbre que tenian los soldados de esta clase de combates les hizo comprender muy pronto que Bebrix procuraba fatigar las fuerzas de su adversario; pero este sistema de vencer no se acomodaba á los gustos de aquellas gentes, y por otra parte menudeaban con tal rapidez los ataques de Ruscin que, á pesar de la destreza de Bebrix, se dudaba ya que pudiera siempre evitarlos. El duelo cambiaba á cada momento de teatro y arrastraba á aquel tropel de espectadores, que cerraban ó ensanchaban su círculo para dejar sitio y libertad á los movimientos de los combatientes. Ambigat, Atax, los demas jefes y los druidas estaban en la primera fila atentos y silenciosos. Delante de todos ellos se encontraban dos mujeres: Valla, que, desatentada y convulsa repetia instintiva y maquinalmente los movimientos de la lucha, y Elomare, que la tenia asida de la mano,

con la mirada fija en los combatientes, fruncido el gesto y pronta á sacar ventaja de cualquier incidente favorable. Desgraciadamente el combate se prolongaba ya demasiado sin resultados decisivos, y esto dió lugar á que se empezasen á escuchar serdos rumores por todas partes, no tardándose nada los insultos marcados y directos contra el nombre de Bebrix: montó el jóven en coraje al entender que era objeto de aquellas imprecaciones, y teniendo en más estima su reputacion guerrera que las causas de tan paciente contemplacion, dió al olvido por un instante toda clase de miramientos, y se abalanzó de un salto sobre Ruscin, como el leon del desierto sobre su presa: le derribó en tierra al choque de su escudo, le desarmó violentamente arrancando el machete de sus manos, y levantó su propio acero para descargarlo sobre el rendido cuerpo del anciano; pero en aquel momento un brazo hercúleo y vigoroso, más lijero áun que el del mismo jóven, detuvo rápidamente el golpe: era Elomare. La multitud quedó asombrada: Elomare gozaba la veneracion de los druidas, porque creyendo ellos que en el cuerpo de las mujeres habitaba siempre un espíritu superior, consideraban que la imaginacion de Elonsare era la más fecunda en prodijios y sagradas

revelaciones (1). Ella lo sabía, estaba poseída de su poder, y ántes que ningun rumor ni manifestacion se le pudiera anticipar, se aprovechó de la general sorpresa, y exclamó, dando á su voz una entonacion solemne y un acento inspirado:

— Los cielos y el Gran Tentates han hablado ya, y quieren que yo os explique lo que significan este combate y esta victoria: por eso me han inspirado para que yo me apresurase á suspender el acero de este invicto soldado en el momento que debia hundirse en la garganta de su vencido adversario. ¡No, valientes celtas! La guerra que vais á emprender no será una avalancha de exterminio en que los vencidos pueblos desaparezcan destruidos y asolados bajo el peso de nuestros ejércitos. ¡No y mil veces no! Será una guerra de príncipes que conquistarán las tierras y el dominio de esos mismos pueblos, los cuales vivirán despues bajo vuestro mando, esclavos de vuestras victorias y humillados á vuestros piés como lo está ese anciano á los de su vencedor: llevaréis el cruzamiento de la noble y valiente raza céltica á los países más lejanos, perpetuando su

(1: Siempre encontramos en las fuentes de la historia y en la niñez de todos los pueblos el influjo de la ciencia espiritista más ó ménos perfeccionada. (N. del T.)

descendencia en las hijas de los vencidos, que se han de entregar á vosotros, como la hija de este anciano se entrega al ilustre jefe que, venciendo ahora, os garantiza la victoria de mañana. ¡Marchad, pues; marchad á los combates, que esa es la divina voluntad del cielo! Este anciano, Bebxix, yo misma y todos no hemos sido aquí otra cosa sino los ciegos instrumentos del poder celeste, que ha querido así manifestarse y explicaros los obstáculos que habeis de encontrar, la manera de vencerlos y el resultado que os debeis prometer. Partid, y que las arpas entonen con ardor el himno de la guerra.

Instantáneamente los bardos y trovadores, arrastrados por aquella evolucion atrevida, seducidos por la palabra elocuente de Elomare, dominados por su autoridad respetable, y alucinados por la resplandeciente inspiracion que iluminaba su rostro, hicieron resonar la armonía de sus instrumentos, y entonaron un canto movido, rápido y acelerado, cuyo vivo compas entusiasmo y levantó primero á la ya conmovida é impresionable multitud, exaltó luégo su emocion, y la trasformó bien pronto en torrentes de aceptacion y frenética alegría, que en su desbordamiento hubieran arrollado toda clase de observaciones que se hubiesen intentado oponer. Esto fué lo que

se propuso y consiguió la fecunda imaginación y el superior talento de aquella singular mujer.

Podía observarse, no obstante, por el adusto semblante y grave aspecto de Atax, que no era eso lo que él esperaba ni lo que se había propuesto. Así fué que se le vió esperar sin impaciencia que se calmase un poco la agitación de la muchedumbre, y entónces avanzó á su vez y dijo á Ruscín con severa entonación :

— Sí; ciertamente que ha sido el cielo quien ha inspirado á Elomare para que te salvase la vida, porque no podías morir sin prestar ántes cumplimiento á dos ineludibles deberes: el primero es el de sostener la acusación que has intentado formular contra Bebrix, y el segundo el de responder á los cargos que yo fulmino contra tí mismo como impío y sacrilego.

A pesar de la autoridad y del respeto que inspiraba Atax, no fueron bien acogidas sus palabras: los deseos de la multitud se hallaban cumplidos, y el inesperado desenlace del combate había satisfecho á todos, por la esperanza que las frases de Elomare habían hecho nacer en sus ánimos de conquistar en el extranjero un rango y unas comodidades que no les era dado esperar en el suelo de la patria. Por otra parte, el valor del viejo Ruscín había inte-

resado en favor de éste á muchos guerreros, y un grito unánime prorogó hasta el siguiente día la sustanciación de los dos juicios anunciados por Atax. Los soldados, que desde por la mañana asistían á la Asamblea sin tomar alimento alguno, estaban impacientes, y se dispersaron súbitamente para regresar á sus campamentos, oyéndose resonar en ellos hasta muy avanzada la noche el ruido de los festines, el canto bélico de los bardos y el estruendo de las armas.

V.

Al disolverse la Asamblea, fueron de observar las intencionadas y públicas formas que emplearon los druidas, guiados por Atax, para separarse de todos los jefes, penetrando silenciosamente en el Bosque Sagrado, sin querer asistir con aquéllos al Consejo Supremo que debía celebrarse en la régia morada de Ambigat.

Por otra parte, los soldados y el pueblo celta se habían retirado todos del lugar de la reunión en extremo sorprendidos del desenlace que habían tenido los varios incidentes de aquel día, y altamente preocupados con las calumniosas acusaciones que Ruscín había intentado formular contra Bebrix y Elomare; pero aún era mayor el